

LA FIGURA DEL CRISTO QUE LLAMA

No es el rey de la parábola, sino la del Jesús de los Evangelios, que recorre las aldeas, ciudades y campos de Galilea. Es el Jesús misionero itinerante del Padre que, en el alma de Ignacio, dio origen a la espiritualidad apostólica de seguimiento del Cristo que anuncia y sana, pobre, humilde y no tomado en cuenta, como se pide en la oblación.

A diferencia del rey temporal, que quiere conquistar “toda la tierra de infieles”, Cristo tiene delante suyo “todo el universo del mundo” y a todos busca conquistar. Mientras el primero sólo llama a sus caballeros para que participen en su campaña, Cristo “llama a todos y a cada uno en particular”. El objeto del llamado es anunciar de palabra y con hechos, el reinado del Padre en el mundo. Sus armas no son la lanza y las guerras, sino las que emplea Jesús en sus recorridos por Galilea: salir al encuentro de la gente donde ellos están, acercarse a su pobreza y enfermedades y buscarles remedio; cercanía a los pecadores, acoger sus necesidades, estilo humilde y respetuoso y, por nada, imperioso ni prepotente; aceptar las durezas y persecuciones que entraña el ser fiel a Dios.

Es patente la grandeza de esta empresa, que supera todas las empresas y las fuerzas humanas. Ante tanta grandeza, podemos acobardarnos y hacernos los sordos. De aquí, la petición que encierra el fruto que queremos alcanzar. Pedimos con fuerza e insistencia, a Dios nuestro Señor, la gracia que quiero; es decir, “la de no ser sordo a su llamamiento, sino presto y diligente para cumplir su santísima voluntad”. Es una gracia grande. Acogerla es darle pleno sentido a nuestra vida. Ayudar a otros a que la reciban es ponerlos en el camino de la verdadera felicidad.

Del libro “Gloria a Dios. La Gloria en los Ejercicios Espirituales”: Página 110, de Juan Ochagavía, s.j.